

# CARGO DE SUPLENTE MÁXIMO

Philip K. Dick

Con una hora de anticipación a su programa matutino en el canal seis, Jim Briskin, el cotizado payaso de las noticias, se había reunido con sus asistentes de producción para discutir el informe sobre una flotilla desconocida, posiblemente enemiga, detectada a unas ochocientas unidades astronómicas del sol. Se trataba, por cierto, de una noticia sensacional, pero ¿cómo presentarla a varios billones de espectadores distribuidos por tres planetas y siete lunas?

Peggy Jones, su secretaria, encendió un cigarrillo.

- Evita alarmarlos, Jim Jam. Emplea un tono familiar - dijo, y reclinándose hacia atrás barajó diestramente los despachos que la estación comercial había recibido de las teletipos de Unicefalón 40-D.

En la Casa Blanca, en Washington D.C., la unidad automática resolutora de problemas Unicefalón 40-D había detectado la posible existencia de un enemigo exterior. En su capacidad de presidente de los Estados Unidos ordenó de inmediato el despacho de naves de línea para reforzar la vigilancia.

- En tono familiar - repitió Jim Briskin, de mal humor -, lo puedo imaginar; primero sonrío de oreja a oreja y luego les digo: «Hola, camaradas. Por fin ha sucedido lo que todos temíamos. Ja, ja, ja» - y mirando a la chica agregó -. En la Tierra y en Marte se desternillarán de risa, pero en las lunas lejanas temo que no. Si se trata de una operación agresiva las colonias más remotas serán las primeras en ser atacadas.

- No les resultará nada divertido - coincidió Ed Fineberg, asesor de continuidad.

El también estaba preocupado; tenía familiares en Ganímedes.

- ¿No hay alguna noticia más ligera con la que abrir el programa? - preguntó Peggy -. Eso le gustaría a nuestro patrocinante.

Pasó a Briskin la pila de despachos de noticias.

- A ver qué se te ocurre. «Vaca mutante obtiene privilegios de voto de un tribunal de Alabama... » tú sabes, ese tipo de cosas.

- Sí, ya sé - admitió Briskin, empezando a examinar los despachos.

Recordó una de sus narraciones más pintorescas, que había logrado conmover el corazón de millones de espectadores: la del grajo azul mutante que, tras largos esfuerzos y angustias había aprendido a coser. Una mañana de abril en Bismark, Dakota del Norte, había logrado coser a la perfección un nido para él y su progenie frente a las cámaras de televisión de la red que contrataba a Briskin.

Un informe se destacó de pronto entre los otros. Su instinto se lo señaló, indicándole de inmediato que era lo que necesitaba para aligerar el tono de mal agüero de las últimas noticias. No tardó en sentirse aliviado. Los mundos continuaban con la rutina de costumbre a pesar de la gran noticia que estallaba a ochocientas unidades astronómicas de distancia.

- Miren - dijo sonriendo -; ha muerto el viejo Gus Schatz; era hora.

- ¿Quién es Gus Schatz? - preguntó Peggy perpleja -. El nombre me resulta familiar.

- El sindicalista - dijo Jim Briskin - ¿Recuerdas? ¡El suplente!, ese que siempre está listo para reemplazar al presidente. Hace veintiún años que el sindicato lo envió a Washington. Ha muerto y el sindicato... - arrojó a la secretaria un comunicado claro y conciso -...envía ahora otro suplente para tomar el puesto de Schatz. Me gustaría entrevistarle, siempre y cuando sepa hablar.

- Es cierto - dijo Peggy -; siempre lo olvido. Todavía hay un reemplazante humano por si falla Unicefalón. ¿Alguna vez ha fallado?

- No, y nunca sucederá - contestó Ed Fineberg -. Ese es otro ejemplo de parasitismo sindical que infecta a nuestra sociedad.

- Así y todo - aventuró Jim Briskin - a la gente le gustará. La vida íntima del máximo suplente del país; por qué eligió el sindicato, qué pasatiempos prefiere, qué piensa hacer este hombre, sea quien sea, para no morirse de aburrimiento durante el tiempo que dure su cargo. El viejo Gus había aprendido encuadernación; coleccionaba viejas revistas de automóviles y las encuadernaba en vitela, con títulos grabados en oro.

Tanto Ed como Peggy hicieron una señal de asentimiento.

- Me parece bien - dijo Peggy, dándole ánimo -. Debes hacerlo, Jim Jam. Sé que eres capaz de darle interés; tú puedes transformar el tema más tonto en algo interesante. Pediré una llamada a la Casa Blanca. ¿Habrá llegado el tipo nuevo?

- Es probable que aún se encuentre en Chicago, en la oficina central del sindicato - dijo Ed -. Pide una línea; prueba con el Sindicato de Empleados Civiles del Gobierno, división Este.

Peggy tomó el teléfono y marcó rápidamente un número.

Eran las siete de la mañana cuando Maximilian Fischer oyó algunos ruidos, entre sueños. Levantó la cabeza de la almohada y escuchó: de la cocina se oía la voz chillona de la dueña de casa que hablaba con algunos desconocidos. Después de algunos minutos la barahúnda parecía aumentar. No sin cierto esfuerzo logró incorporarse, aún un poco aturdido y, siguiendo las órdenes del médico, movió con precaución su cuerpo enorme. No se apresuró. Cualquier actividad física excesiva podía ser perjudicial para su corazón, de tamaño mayor que el normal. Se vistió parsimoniosamente.

Alguien que viene a pedir una contribución para alguna de las fundaciones - se dijo Max -. Creo que es uno de los muchachos. A esta hora. ¡Qué extraño! - pensó, sin alarmarse -. Pero yo estoy bien establecido. No tengo nada que temer - se dijo con firmeza.

Se abotonó cuidadosamente la camisa fina, a rayas verdes, que era una de sus preferidas. Me da un aire distinguido - pensó, haciendo un gran esfuerzo para inclinarse y colocarse los zapatos de imitación de cabritilla. Hay que estar siempre listos para enfrentarlos de igual a igual - pensó mientras se alisaba los cabellos ralos frente al espejo -. Si el pechazo es muy grande, Pat Noble de la oficina de empleos de Nueva York va a tener que oírme. Quiero decir, con la antigüedad que tengo en el sindicato no tengo porque aguantarme cosas raras.

- Fischer - dijo una voz desde la otra habitación -; junta tu ropa y sal. Hay un trabajo para tí. Tienes que empezar hoy.

Un trabajo - pensó Max intranquilo -. No sabía si alegrarse o no. Hacía ya más de un año que venía retirando fondos de desempleo del sindicato, como casi todos sus amigos.

Vaya novedad. ¡Caramba! - pensó -. Supongamos que sea un trabajo pesado que me obligue a agacharme o a moverme de un lado para otro - empezó a enojarse - ¡Qué mala pata! Después de todo, quiénes se creen que son.

Abrió la puerta y se enfrentó con ellos.

- Escuchen... - empezó a decir, pero uno de los funcionarios del sindicato lo interrumpió.

- Fischer, empaca tus cosas. Gus Schatz estiró la pata y tienes que ir a Washington D. C. a hacerte cargo de la suplencia número uno. Debemos proceder rápido y queremos que llegues antes de que se les ocurra anular el puesto o algo parecido y nos veamos forzados a declararnos en huelga o ir a los tribunales. Lo mejor es poner enseguida a alguien, sin líos ni complicaciones. ¿Entiendes? Lograr una transición tan suave que nadie se entere siquiera.

- ¿Qué sueldo dan? - preguntó enseguida Max.

- En esto no tienes nada que decir - aclaró secamente el funcionario del sindicato -. Te han elegido y eso basta. ¿O quieres que te corten los fondos por desempleo? ¿Te gustaría tener que salir a buscar trabajo a tu edad?

- ¡Vamos! - protestó Max - Todo lo que tengo que hacer es tomar el teléfono y llamar a Pat Noble...

Los funcionarios del sindicato empezaron a recoger al azar diversos objetos que había en el departamento.

- Te ayudaremos a empacar tus cosas. Pat quiere que llegues a la Casa Blanca a las diez de la mañana, en punto.

- ¡Pat! - exclamó Max.

Lo habían traicionado.

Los tipos del sindicato sonreían mientras sacaban a tirones la maleta del armario.

Poco después estaban en camino, atravesando por el monorriel las tierras llanas del medio oeste. Pensativo, melancólico, Maximilian Fischer miraba desfilan el paisaje ante sus ojos; prefería cavilar en silencio. Trató de recordar cómo era el trabajo de suplente número uno. Recordaba haber leído en una revista que empezaba a las ocho de la mañana. Además, siempre había rebaños de turistas, en su mayoría escolares, que desfilaban por la Casa Blanca, ansiosos de echar un vistazo a Unicefalón 40-D. Los chicos no le gustaban; solían mofarse de él a causa de su peso excesivo. ¡Caramba! Tendría que

aguantar el desfile de millones de niños porque él debía permanecer en el edificio. De acuerdo a la ley debía permanecer, en todo momento, a cien metros de Unicefalón 40-D, ya fuera de día como de noche. ¿O era a cincuenta metros? Sea como fuere, tenía que estar prácticamente encima, en caso de que el sistema automático para resolver problemas llegara a fallar. Será mejor que me ponga al día con esto - pensó - Me convendría, por las dudas, tomar un curso de televisión sobre administración pública.

Dirigiéndose al funcionario del sindicato que tenía a su derecha le preguntó:

- Dígame, correligionario. ¿Tengo alguna autoridad en este trabajo que me consiguieron? Es decir, ¿puedo...?

- Es un trabajo sindical como tantos otros - contestó el otro, aburrido -. Tienes que estar sentado ahí; esperar. ¿Hace tanto que no trabajas que ya no te acuerdas? - dijo riendo, mientras codeaba a su compañero -. Escucha, Fischer quiere saber qué autoridad le da este trabajo.

Los dos se echaron a reír.

- Fischer, permite que te diga una cosa - dijo el funcionario arrastrando las palabras -. Una vez que estés bien instalado en la Casa Blanca, cuando tengas la cama lista, la silla y hayas organizado el horario de tus comidas, el lavado de la ropa y las horas para ver televisión, ¿por qué no te acercas a Unicefalón 40-D y te pones a gimotear un poco? Tú sabes, a rascarte y gimotear. A lo mejor nota tu presencia.

- Déjenme en paz - protestó Max.

- Y después - continuó el funcionario - le dices algo así como, «Escucha, Unicefalón, soy tu compinche. Si tú me rascas la espalda a mí, yo te rasco la espalda a tí. Pasa una ordenanza que me favorezca...»

- ¿Pero qué servicio puede prestarle él a Unicefalón? - preguntó el otro funcionario del sindicato.

- Puede divertirlo; por ejemplo, contarle su historia, cómo salió de la pobreza y se educó mirando televisión siete días por semana hasta llegar a la cúspide. ¿Y a qué no sabes una cosa? Le dieron el trabajo de... suplente del presidente - dijo el funcionario, riendo despectivamente.

Maximilian no contestó. El rubor le subió por las mejillas pero se limitó a mirar estúpidamente por la ventanilla del monorriel.

Cuando llegaron a Washington D.C., ya en la Casa Blanca, enseñaron a Fischer su pequeño cuarto. Era el que había ocupado Gus y aunque habían sacado todas las viejas revistas de automóviles antiguos, aún quedaban algunas láminas adheridas a la pared: un Volvo S-122 de 1963, un Peugeot 403, de 1957 y otras clásicas antigüedades de una época pasada. Sobre un anaquel Max vio un modelo en plástico tallado a mano de un cupé Studebaker modelo Starlight 1950 con todos los detalles del original, reproducidos a la perfección.

- Estaba haciendo eso cuando estiró la pata - dijo uno de los funcionarios mientras dejaba en el suelo la maleta de Max -. El podía dar cualquier información sobre todos los detalles de esos coches anteriores a los modelos de turbina. Hasta el detalle más insignificante e inútil.

Max asintió.

- Y tú, ¿tienes alguna idea de lo que vas a hacer? - preguntó el funcionario.

- ¡Demonios! ¡Cómo puedo saberlo tan pronto! Necesito tiempo.

Recogió malhumorado la cupé Studebaker Starlight y examinó la parte inferior. Sintió un impulso de destrozar el modelo, pero lo dejó donde estaba y volvió la espalda.

- ¿Por qué no haces una pelota con gomas elásticas? - dijo el funcionario.

- ¿Qué dices?

- El suplente que estuvo antes que Gus, Luis no sé qué, acostumbraba a juntar anillas de goma y formaba una pelota que se iba agrandando cada vez más; cuando murió, la bola ya era grande como una casa... No me acuerdo cómo se llamaba el tipo, pero la pelota de anillas de goma está ahora en el Museo Smithsonian.

Hubo un movimiento en el corredor. Una de las recepcionistas de la Casa Blanca, mujer madura vestida con severidad, asomó la cabeza en la habitación y dijo:

- Señor presidente; un cómico de la televisión desea entrevistarle. Por favor, trate de terminar pronto porque hoy hay varias excursiones que desfilarán por el edificio y puede ser que algunos turistas pidan verlo a usted.

- Está bien - contestó Max.

Al volverse se encontró con Jim-Jam Briskin, el payaso del momento.

- ¿Desea verme a mí? - preguntó a Briskin en tono vacilante - Quiero decir, ¿está usted seguro que desea entrevistarme a mí?

No podía imaginarse qué interés podía hallar en él Briskin. Tendiéndole la mano agregó:

- Esta es mi habitación, pero las copias de coches y las fotos que ve por aquí no son mías, pertenecían a Gus. No puedo decirle nada con respecto a ellas.

Briskin lucía en la cabeza la familiar peluca de color rojo vivo característica del payaso, que prestaba a su imagen real el mismo aspecto extraño que las cámaras captaban tan bien. Sin embargo, parecía más viejo que en televisión, aunque lucía la misma sonrisa abierta y amistosa que todo el mundo admiraba, el símbolo de su simpatía, del buen tipo siempre con el ánimo en alto y de buen carácter, aunque cuando la ocasión lo requería, solía hacer gala de un sentido del humor algo mordaz. Briskin era esa clase de hombre que...bueno - pensó Max -, la clase de tipo que uno desearía se casara con alguien de la familia.

Se estrecharon las manos.

- Señor Max Fischer, mejor dicho... señor presidente; en estos momentos se encuentra usted ante las cámaras - dijo Briskin -. Jim-Jam habla desde aquí. Permita que le haga una pregunta ante los billones de televidentes que se encuentran en los más remotos rincones de nuestro sistema solar. ¿Cómo se siente señor, al saber que si Unicefalón 40-D llegara a fallar siquiera momentáneamente, usted sería lanzado al cargo más importante que jamás haya caído sobre los hombros de un hombre; el de ser, no ya un mero suplente sino el verdadero presidente de Estados Unidos? ¿Ese pensamiento lo preocupa por las noches? - dijo terminando la pregunta con una sonrisa.

A sus espaldas, los técnicos de fotografía desplazaban las cámaras de un lugar a otro. Las luces intensas le quemaban los párpados y Max sintió que el calor empezaba a hacerlo transpirar por el cuello, las axilas y el labio superior.

- ¿Qué emociones siente en este momento - siguió preguntando Briskin -, cuando está en el umbral de una nueva tarea, quizá para el resto de sus días? ¿Qué pensamientos se le ocurren ahora, que ya está en la Casa Blanca?

Tras una pausa, Max contestó.

- Es... es una gran responsabilidad.

Enseguida cayó en la cuenta; vio que Briskin se reía de él, se reía en silencio en su propia cara. Todo era una payasada de Briskin a costa suya. La audiencia dispersa por las diversas lunas y planetas también lo sabía. De sobra conocía el sentido del humor de Jim-Jam.

- Usted es un hombre de buen físico - dijo Briskin -, corpulento diría yo. ¿Le gusta hacer ejercicio? Le hago esta pregunta porque en su puesto actual estará confinado a este cuarto y me gustaría saber qué cambios producirá en su vida esta situación.

- Bueno - dijo Max - y desde luego, pienso que un empleado del gobierno debe estar siempre en su puesto. Sí, lo que acaba de decir es muy cierto, debo estar aquí día y noche, pero eso no me preocupa. Estoy preparado.

- Dígame - preguntó Briskin - ¿Acaso usted...?

Se interrumpió y, volviéndose hacia los técnicos de video que estaban a sus espaldas, les dijo con voz extraña:

- La transmisión se ha cortado.

Un hombre que llevaba auriculares se acercó pasando entre las cámaras.

- Escuche por el monitor - dijo entregando los auriculares a Briskin -, hemos sido cancelados por Unicefalón; está transmitiendo un boletín de noticias.

Briskin se colocó los audífonos. La cara se le contorsionó al decir:

- Esas naves que se aproximan a ochocientas unidades astronómicas..., dice que son enemigas - dirigió una rápida mirada a los técnicos, la peluca un poco ladeada -. Ya han empezado a atacar... Dice que en menos de veinticuatro horas estos intrusos han logrado penetrar no sólo el sistema solar, sino también descomponer Unicefalón 40-D.

Maximilian Fischer se enteró de esto de manera indirecta mientras cenaba en la cafetería de la Casa Blanca.

- ¿Señor Maximilian Fischer?

- Sí - contestó Max, mirando sorprendido al grupo de agentes del servicio secreto, que rodeaba la mesa.

- Usted es presidente de Estados Unidos.

- Se equivocan - dijo Max -, sólo soy un suplente del primer magistrado, no es lo mismo.

- Unicefalón 40-D está fuera de servicio, no sabemos por cuánto tiempo; puede ser un mes o más - dijo el hombre del servicio secreto -. De acuerdo con la enmienda de la constitución, desde este momento usted es presidente y comandante en jefe de todas las fuerzas armadas. Estamos aquí para protegerle - concluyó sonriendo burlescamente.

Max a su vez le sonrió.

- ¿Me entiende? - preguntó el agente -. ¿La idea le penetra?

- ¡Por supuesto! - contestó Max.

Fue entonces cuando comprendió el significado de los murmullos que había escuchado mientras esperaba con la bandeja en la fila de la cafetería. También eso explicaba las miradas raras que le había dirigido el personal de la Casa Blanca. Dejó la taza de café, secó sus labios con la servilleta, lenta y tranquilamente, fingiendo estar absorto en pensamientos graves. En realidad su mente era un vacío.

- Nos han dicho que lo necesitan inmediatamente en el puesto fortificado del Consejo Nacional de Seguridad - afirmó el hombre del servicio secreto -. Quieren que usted participe en las deliberaciones sobre estrategia, ya están en el tramo final.

Desde la cafetería se dirigieron todos al ascensor.

- Estrategia política - dijo Max mientras descendían. Tengo formada una opinión con respecto a ese problema. Creo que ha llegado el momento de actuar severamente con esas naves extranjeras. ¿Ustedes no piensan lo mismo?

Los hombres del servicio secreto asintieron.

- Claro, debemos demostrarles que no tenemos miedo. Naturalmente llegaremos a una definición: aplastaremos a esos microbios - les dijo Max.

Los guardaespaldas del servicio secreto festejaron la ocurrencia con una risa espontánea. Más animado, Max dio un codazo al jefe del grupo.

- Creo que somos bastante fuertes; quiero decir, Estados Unidos es un país con músculo.

- Max, muéstrales de lo que somos capaces - dijo uno de los agentes, y todos rieron estruendosamente, incluso Max.

Al salir del ascensor se les presentó un hombre alto y bien vestido que dijo con tono urgente:

- Señor presidente, soy Jonathan Kirk, secretario de prensa de la Casa Blanca. Creo que en esta hora, de grave peligro, antes de conferenciar con los miembros del Consejo Nacional de Seguridad, usted debería dirigirse al país. El pueblo quiere saber cómo es su nuevo líder. Aquí tiene una declaración redactada por la Junta Política Asesora - dijo extendiéndole algunas hojas de papel -, codifica su...

- Nada - dijo Max, devolviéndole los papeles sin mirarlos -. El presidente soy yo, no usted. Ni siquiera lo conozco. ¿Cómo dijo que se llama, Kirk, Burke, Shirk? Nunca lo oí nombrar. Dígame dónde está el micrófono y yo haré mi discurso. O comuníqueme con Pat Noble, tal vez él tenga algunas ideas.

Enseguida recordó que Pat lo había vendido; era él quien lo metió en esto.

- No, no lo haga - se corrigió Max -. Déme el micrófono solamente.

- Este es un momento de crisis - graznó Kirk.

- ¡Claro! - aprobó Max - Será mejor que me deje solo. No se ponga en mi camino y yo no me interpondré en el suyo ¿entendido? - palmeó familiarmente a Kirk -. Así vamos a entendernos.

Apareció un grupo de personas con cámaras portátiles de televisión y lámparas de iluminación; entre todos ellos estaba Jim-Jam Briskin, rodeado de todo su personal.

- ¡Hola Jim-Jam! - gritó -. Mire, ahora soy presidente.

Jim Briskin se acercó impasible.

- No voy a formar una pelota con anillas de goma - dijo Max -, ni pienso tampoco hacer modelos automovilísticos; o nada de eso - apretó con fuerza la mano de Briskin -. Gracias por sus felicitaciones - concluyó.

- Felicitaciones - dijo entonces Briskin en voz baja.

- Gracias - repitió Max apretando la mano del otro hasta hacerle crujir los nudillos -. Naturalmente, tarde o temprano podrán remendar esa caja de ruidos y entonces volveré a ser el suplente. Pero...

Sonrió alegremente a todos los que se encontraban a su alrededor. En ese momento el corredor estaba colmado de gente; técnicos de la televisión, personal de la Casa Blanca, oficiales del ejército y agentes del servicio secreto..., toda clase de gente.

- Señor Fischer, tiene una gran obra que realizar - dijo Briskin.

- Sí - asintió Max.

Le pareció que los ojos de Briskin trataban de decirle algo... «Quisiera saber si será capaz de hacerlo. Me pregunto si es el hombre indicado para detentar el poder».

- Ya lo creo que puedo - afirmó Max ante el micrófono de Briskin para que toda la audiencia pudiera escucharlo.

- Es posible que así sea - dijo Briskin, revelando ciertas dudas.

- ¿Qué...? ¿Acaso ya no le gusto? - preguntó Max.

Briskin no respondió; se limitó a parpadear.

- Escucha bien - dijo Max -; ahora soy presidente y puedo cerrar tu estúpida red de televisión. Puedo enviarte los agentes del FBI cuando se me antoje. Para que lo sepas, en este mismo momento voy a echar al fiscal general, quiero en ese puesto a alguien de mi confianza.

- Ya veo - dijo Briskin.

Su expresión no era tan dubitativa, adquirió cierto grado de convicción que Max no podía determinar.

- Sí - dijo Jim Briskin -. Posee la autoridad suficiente para ordenarlo. Usted es, de verdad, el presidente.

- Mucho cuidado - advirtió Max -. Tú no eres nadie comparado conmigo, Briskin, ni siquiera frente a esa inmensa audiencia.

Luego volvió la espalda a las cámaras y pasó por la puerta abierta hacia el hoyo fortificado del Consejo Nacional de Seguridad.

Algunas horas más tarde, ya de madrugada, Maximilian Fischer escuchaba, soñoliento, en las profundidades de la fortificación del Comité Nacional de Seguridad, las últimas noticias por televisión. Para ese entonces, los servicios de inteligencia habían descubierto la llegada de unas treinta naves extrañas al sistema solar. Se creía que, en total, habían entrado unas setenta y los desplazamientos de todas eran constantemente vigilados.

Eso era sólo el principio, y Max lo sabía. Tarde o temprano tendría que dar la orden de ataque contra las naves extranjeras. Vaciló un momento. Después de todo, ¿de dónde procedían? ¿quiénes eran? Nadie podía decirlo; ni siquiera la CIA. ¿Qué fuerzas eran capaces de desplegar? Nadie tampoco estaba en condición de determinarlo.

Por otra parte, habían surgido algunos problemas de carácter interno. A decir verdad, Unicefalón había chapuceado con la economía, dirigiéndola cuando lo creía conveniente; había suprimido impuestos mediante medidas demagógicas, había reducido las tasas de interés... todo lo cual terminó por destruir el resolutor de problemas.

¡Jesús! - pensó Max con tristeza -. ¿Acaso sé algo sobre cuestiones de desempleo? Quiero decir, ¿cómo sé qué fábricas debo volver a abrir y cuándo hacerlo?

Se volvió hacia el general Tompkins que, sentado junto a él, examinaba el informe sobre las tácticas de defensa de las naves encargadas de proteger a la Tierra.

- Dígame ¿nuestras naves están bien distribuidas? - preguntó a Tompkins.

- Sí, señor presidente - contestó el general.

Max se sobresaltó, a pesar de que el general no se había dirigido a él en tono irónico sino que había hablado con toda naturalidad, con respeto.

- Muy bien - dijo -; me alegro de eso y espero que la nube de cohetes esté bien planeada, de manera que no deje pasar ninguna nave, como sucedió con Unicefalón. No quiero que eso se repita.

- Desde las seis, hora local, está en vigencia el Defcon Uno - dijo el general Tompkins - Estamos en pleno pie de guerra.

- ¿Y qué sucede con esas naves estratégicas? - Max ya había aprendido la expresión eufemística para referirse a la fuerza de ataque.

- Estamos capacitados para organizar un ataque en cualquier momento - dijo el general Tompkins, dirigiendo una mirada a lo largo de la mesa en espera de los cabeceos de asentimiento de sus colegas -. Somos capaces de aniquilar a los setenta invasores que han penetrado en nuestro sistema.

- ¿Tienen un poco de bicarbonato? - preguntó Max con un gruñido.

El estado de cosas lo estaba deprimiendo. ¡Qué manea de sudar y trabajar! - pensó -. ¡Cuánta agitación! ¿Por qué esos microbios no se van de nuestro sistema? Quiero decir, ¿es necesario que

declaremos la guerra? No podemos saber qué hará el sistema de los invasores como represalia; nunca se sabe cómo reaccionarán ciertas formas vivientes antihumanas, no se puede confiar en ellas.

- Eso es lo que me preocupa - dijo en voz alta -; las represalias - y exhaló un suspiro.

- Es evidente que resulta imposible negociar con ellos - dijo el general Tompkins.

- ¡Adelante, entonces! - dijo Max -. Denles una buena tunda.

Miró cerca suyo, buscando el bicarbonato.

- Creo que es la mejor decisión que pueda haber tomado - afirmó el general Tompkins.

Los consejeros sentados en torno a la mesa, movieron las cabezas en señal de asentimiento.

- Una extraña noticia ha llegado a nuestro conocimiento - dijo uno de los consejeros a Max, sosteniendo en la mano un despacho del teletipo.

- James Briskin acaba de presentar un recurso contra usted, ante un tribunal de California. Afirma que usted no es el presidente legítimo porque no fue elegido para el cargo.

- ¿Se refiere a que no me votaron? - preguntó Max -. ¿Sólo por eso?

- Sí, señor. Briskin ha pedido a los tribunales federales que se expidan sobre el caso y entretanto, se ha declarado candidato.

- ¿Queeé?

- Briskin no sólo afirma que usted debe hacer la campaña para ser electo, sino que debe correr contra él. Evidentemente piensa que con su popularidad...

- ¡Caracoles! - exclamó Max -. Muy bien, entonces. Ya está decidido; ustedes, los muchachos del ejército, sigan adelante con sus planes y hagan pedazos a esas naves foráneas. Mientras tanto - y en ese momento tomó la decisión -, ejerceremos ciertas presiones económicas contra los patrocinantes de Jim-Jam. Nos ocuparemos de los de la cerveza Reinlander, de los electrónicos Calbest..., de todos, para tratar de que no se presente como candidato.

Todos los presentes asintieron. Hubo un crujido de papeles y los portafolios se cerraron. La reunión había terminado, al menos por el momento.

Es injusto - se dijo Max -, él me lleva ventaja. ¡Cómo presentarme contra él si no estamos en iguales condiciones! La televisión le ha dado fama, y a mi no. Eso no es justo, no puedo admitirlo.

Si lo desea, Jim-Jam puede presentarse como candidato; de nada le valdrá. No podrá derrotarme porque no vivirá el tiempo suficiente para conseguirlo.

Una semana antes de las elecciones, Telscan, la agencia interplanetaria de investigaciones de la opinión pública dio a conocer los resultados de las últimas encuestas. Al leerlos, Maximilian se sintió más deprimido que nunca.

- Fíjate en esto - dijo a su primo León Lait, el abogado a quien recientemente había nombrado fiscal general.

Le arrojó el informe.

El apoyo obtenido por Max era insignificante en realidad. Si se efectuaba la elección de inmediato, no había duda de que Briskin saldría ganador.

- ¿Por qué será? - preguntó Lait.

Igual que Max, su primo era un hombre corpulento, barrigón y hacía años que desempeñaba el trabajo de suplente. No estaba acostumbrado a ningún tipo de actividad física, y su nuevo trabajo le resultaba bastante difícil, pero no renunciaba por lealtad hacia Max.

- ¿Será porque tiene varias estaciones de televisión? - preguntó mientras sorbía cerveza directamente de la lata.

- No - repuso Max con sarcasmo -; ¡es porque el ombligo le brilla en la oscuridad! Por supuesto que es por las estaciones de televisión, no seas imbécil. ¿No ves que todos los días machacan sobre lo mismo? Le están creando una imagen. Es un payaso - concluyó malhumorado -; con esa peluca roja servirá para dar noticias, pero no para presidente.

Guardó silencio. Demasiado enfadado estaba para seguir hablando.

Cosas peores habrían de suceder.

Esa misma noche, a las nueve, como culminación de la campaña, Jim-Jam Briskin empezó una maratón de setenta y dos horas por televisión. Estaba destinada a llevar hasta el tope su popularidad, y asegurarle la victoria en las elecciones.

Max Fischer estaba sentado en la cama de su dormitorio especial en la Casa Blanca, con la bandeja de la cena ante sí, mientras miraba melancólicamente la televisión.

¡Ese Briskin! - pensó furioso por millonésima vez.

- Mira - dijo a su primo, el fiscal general, sentado en un sillón -. Ahí está - y señaló la pantalla del televisor.

León Lait continuó mordisqueando su hamburguesa con queso.

- ¡Qué abominable! - exclamó.

- ¿Sabes desde dónde transmite? - le preguntó Max -. Desde uno de los lugares más lejanos del espacio, mucho más allá de Plutón. Está usando el transmisor del lugar más remoto que pudo encontrar. Tus tipos del FBI no podrán alcanzarlo nunca...

- Ya verás - dijo León, tratando de tranquilizarlo -; les dije que tenían que alcanzarlo por orden especial de mi primo, el presidente.

- Pero pasará un buen tiempo hasta que logren alcanzarlo - dijo Max -. ¿Sabes León? Eres demasiado lento. Te diré un secreto. Tengo lista una de las naves de línea, la Dwight D. Eisenhower. Pienso dejarle caer un buen huevo de paloma encima, con mucho estruendo ¿sabes? En cuanto de la voz de mando, entrará en acción.

- De acuerdo Max.

- No me gusta verme obligado a hacerlo - dijo Max.

El programa de televisión se estaba poniendo animado. Se encendieron grandes reflectores y avanzó en el escenario, con paso lento y ondulante, la bonita Peggy Jones, envuelta en un vestido brillante que dejaba al descubierto uno de sus hombros, sobre el que caía su pelo radiante.

Ahora van a hacer un strip-tease de primera calidad, por una chica bien bonita - pensó Max, acomodándose para ver mejor.

Debía reconocer una cosa: la oposición, sin necesidad de llegar al desnudo, tenía de su parte cierto atractivo sexual. Briskin y su personal se habían encargado de que así fuera. En el otro extremo de la habitación, el primo de Max había dejado de mordisquear su emparedado; al menos por un momento no se escuchó el ruido de sus carrillos. Pero no por mucho tiempo; poco después siguió masticando.

La linda Peggy entonaba una canción pegadiza desde la pantalla:

«Vote por Jim-Jam, es el mejor favorito de América, ayer y hoy. Como Jim-Jam otro no hay, es el candidato superior.»

Max gruñó exasperado.

- ¡Dios mío! - exclamó.

A pesar de todo, cuando la muchacha entonaba el estribillo ondeando su cuerpo al ritmo de la música, sonaba muy agradable.

- Creo que no tengo otro remedio que ordenarle a la Dwight D. Eisenhower seguir adelante con la consigna - dijo Max.

- Si tu lo dices, Max - dijo León -, puedes estar tranquilo; dictaminaré que actuaste dentro de la ley, no te preocupes y procede.

- Pásame el teléfono rojo - pidió Max -. Es la conexión que usa el comandante en jefe para dar instrucciones ultrasecretas. No está mal ¿verdad? - dijo al recibir el teléfono de manos del fiscal general -. Estoy llamando al general Tompkins; él dará la orden a la nave. Lo siento mi estimado Briskin - agregó echando la última mirada a la pantalla -; tú lo has querido. No debías haber procedido como lo hiciste, ponerte en contra de mí y todo lo demás.

La chica del vestido plateado desapareció de la pantalla. Jim-Jam la reemplazó. Max bajó el teléfono por un momento, para mirar mejor.

- ¡Hola, queridos camaradas! - exclamó Briskin levantando los brazos para pedir silencio (a los aplausos grabados). Bien sabia Max que en aquel lugar remoto no había audiencia. Los aplausos fueron más fuertes al principio, luego un poco apagados.

Briskin sonrió fotogénicamente ante las cámaras, esperando que los aplausos terminaran.

- Es falso - gruñó Max -; es un público falso. El y todo su equipo son muy listos. Ya ha ganado popularidad entre la audiencia.

- Es cierto, Max - dijo el fiscal general -. Me dí cuenta de eso ya...



- ¡Camaradas! - anunció Briskin sobriamente desde la pantalla -. Como ustedes saben, en un principio el presidente Maximilian Fischer y yo nos llevábamos muy bien.

Mientras tenía la mano apoyada en el teléfono rojo Max pensó que lo que decía Jim-Jam era cierto.

- Nuestras diferencias, que habrían de terminar en ruptura - continuó Briskin -, tuvieron origen en la cuestión del empleo de la fuerza; el uso del poder sin limitaciones. Para Max Fischer, el despacho presidencial es sólo una máquina, un instrumento que puede utilizar para satisfacer sus deseos personales. Creo, honestamente, que en algunos sentidos tiene buenas ideas, hace lo posible por llevar a la práctica las políticas más positivas de Unicefalón. Ahora bien, con respecto a los medios que emplea..., eso es otra cuestión.

- Escúchalo bien, Leo - dijo Max.

No importa lo que dice - pensó para sí -; haré de todos modos lo que me he propuesto. Nadie se cruzará en mi camino. Cumpliré con mi deber; eso es todo. El cargo tiene ciertas responsabilidades, y si tú fueras presidente como yo, harías lo mismo.

- El presidente, como todos los demás, debe acatar la ley - decía Jim Briskin -; a pesar del poder que detenta, no puede, de ninguna manera, ponerse por encima de la ley.

Permaneció en silencio unos instantes, luego continuó:

- Sé muy bien que en este mismo momento el FBI, siguiendo órdenes directas de León Lait, designado por Max Fischer, tratará de cerrar las estaciones de esta cadena para amordazarme. Una vez más, Max Fischer está abusando del poder mientras emplea la repartición policial para sus propios fines, convirtiéndola en una extensión...

Max levantó el teléfono rojo. Enseguida escuchó una voz que decía:

- Sí, señor presidente. Habla el general Tompkins, J. de C.

- Y eso...qué es? - dijo Max.

- Jefe de Comunicaciones, Ejército 600-1000 señor, a bordo de la Dwight D. Eisenhower, en transmisión por relé a través de la estación Plutón.

- ¡Ah, sí! - dijo Max, moviendo la cabeza -. ¡Eh, muchachos, escuchen! Estén alerta ¿entienden? Permanezcan atentos hasta cuando reciban mis próximas instrucciones.

Puso la mano sobre el receptor y miró a su primo, que había terminado el emparedado y estaba bebiendo un batido de fresas.

- León - dijo -. ¿Qué hago? Quiero decir, eso que Briskin está diciendo es verdad.

- Dale la orden a Tompkins - repuso León y eructó; después se golpeó el pecho con el puño -. Perdón - dijo -. Jim Briskin continuaba hablando desde la pantalla.

- Mientras hablo con ustedes, mi vida corre peligro; el hombre que es nuestro presidente no vacilaría en emplear el crimen para lograr sus objetivos. Estamos soportando una verdadera tiranía política, que por primera vez aparece en nuestra sociedad, en un intento de reemplazar la vigencia de la razón. Es una tendencia completamente ajena a Unicefalón 40-D, nuestro resolutor automático de problemas, diseñado, construido y puesto en operaciones por nuestros mejores cerebros, que siempre se han empeñado en la conservación de los valores de nuestras mejores tradiciones. La sumisión de un estado que fuera ideal a la tiranía de un solo hombre es, desgraciadamente, una triste experiencia.

- Ahora ya no puedo dar la orden - dijo Max con calma.

- ¿Por qué no? - preguntó León -. Escucha Max, ¿por qué no puedes seguir adelante?

- No sé cómo explicarlo pero..., ¡qué diablos! Eso demostraría que tiene razón.

De todas maneras sé que tiene razón - pensó Max -. Pero ¿acaso ellos lo saben? ¿El pueblo está enterado? No puedo correr el riesgo de que me descubran - admitió -. Es preciso que respeten a su presidente, lo honren y admiren. No me extraña que en las encuestas de popularidad saque una puntuación tan elevada. Con razón Jim Briskin se decidió a luchar contra mí cuando se enteró que yo estaba en el puesto. De alguna manera se dan cuenta de quién soy; lo sienten y también saben que Jim-Jam les está diciendo la verdad. No tengo pasta para presidente; no estoy capacitado para el cargo.

- Escucha León - dijo a su primo; - a pesar de todo haré lo que tenía pensado con ese tipo Briskin, después renunciaré. Será mi último acto oficial.

Volviendo a tomar el teléfono, continuó.

- Daré orden de aniquilar a Briskin; otro después podrá ser presidente. Habrá que dejar que el pueblo decida. Podrá ser Pat Noble o tú; no me interesa - sacudió la horquilla del teléfono -. ¡Eh, Jefe de Comunicaciones! - gritó -. Vamos, conteste - y volviéndose hacia su primo le dijo -: Oye, dame un vaso

de batido, recuerda que la mitad es para mí.

- Por supuesto, Max - contestó el fiel León.

- ¿Nadie contesta? - preguntó Max en el teléfono.

Esperó, pero no consiguió que le contestaran.

- Algo debe andar mal - explicó a León -; no me sorprendería que hayan hecho volar todo el equipo de comunicaciones. Deben ser esas naves invasoras.

Miró la pantalla de televisión. Estaba en blanco.

- ¿Qué sucede? - preguntó Max. - ¿Qué me están haciendo? Quisiera saber quién se esconde detrás de todo esto. No entiendo - concluyó, mirando asustado, en torno.

Como si estuviera ajeno a todo, León continuaba imperturbable bebiendo su batido. Se limitó a encogerse de hombros; él tampoco tenía ninguna explicación. Sin embargo, su cara rubicunda había empalidecido.

- Es demasiado tarde - admitió Max -; de todos modos ya es demasiado tarde - colgando el teléfono lentamente agregó -: León, tengo enemigos mucho más poderosos que yo, y ni siquiera tengo idea de quiénes son.

Quedó sentado, en silencio, frente a la televisión a oscuras, esperando.

De pronto se escuchó la voz del anunciante.

- Este es un boletín de noticias semi-autónomo. Atención, por favor.

Otra vez silencio.

Briskin miró a Ed Finneberg, a Peggy después, y esperó.

- Camaradas, ciudadanos de Estados Unidos - dijo la voz inexpresiva y monótona del anunciante de televisión -. El interregno ha terminado. La situación vuelve a la normalidad, felizmente.

Mientras él hablaba, aparecieron algunas palabras en la pantalla monitora, grabadas en una cinta que pasaba lentamente ante las cámaras. En Washington DC, Unicefalón 40-D se había auto-reparado en la forma acostumbrada dentro del co-eje. Ocupó de inmediato el espacio en el aire, anulando el programa que se transmitía en esos momentos; por tradición tenía derecho a hacerlo. La voz era producida por el órgano verbalizador sintético de la estructura automática. Esto es lo que informaba Unicefalón 40-D:

- Artículo primero: Queda anulada la campaña para la elección.

- Artículo segundo: El presidente interino Max Fischer, cesa en su cargo.

- Artículo tercero: Estamos en guerra con las fuerzas foráneas que han invadido nuestro sistema.

- Artículo cuarto: James Briskin, cuya voz han estado escuchando...

Ahora viene - pensó Briskin. A través de los audífonos le llegó la voz chata e impersonal que continuaba diciendo:

-...a través de estas instalaciones, tiene orden de cesar en sus actividades y desistir de sus pretensiones. Se extenderá de inmediato un recurso solicitándole que muestre justa causa para continuar en libertad y proseguir con cualquier actividad de índole apolítica. En el interés público, le ordenamos que dé por terminadas sus actividades políticas.

- Ya está. Todo ha terminado - dijo Briskin sonriendo vacuamente a Peggy y Ed Finneberg -. Debo anularme políticamente.

- Puedes presentarte ante los tribunales - dijo Peggy decidida -; apela a la Corte Suprema, ya hay antecedentes de decisiones de Unicefalón 40-D que han sido anuladas.

Le colocó la mano en el hombro tratando de consolarlo, pero él se hizo a un lado.

- ¿No te atreves a desafiarlo? - insistió ella.

- Por lo menos me han cesado - dijo Briskin, cansado -. Estoy contento de que la máquina haya vuelto a funcionar. Es una vuelta a la normalidad. Creo que es preferible para todos - concluyó, tratando de inspirar confianza a Peggy.

- ¿Qué piensas hacer, Jim-Jam? - preguntó Ed -. ¿Volverás a tu antiguo empleo con la cerveza Reinlander y electrónicos Calbest?

- No - murmuró Briskin -. Eso, por supuesto, queda descartado.

En realidad, no podía silenciar sus ideas políticas; de ninguna manera pensó en hacer lo que dijera el resolutor de problemas. Le era imposible desde un punto de vista biológico; tarde o temprano, para bien o para mal, empezaría a hablar nuevamente. Además - pensó -, estoy seguro de que Max tampoco puede hacer lo que le han dicho. Ninguno de los dos somos capaces de cumplirlo. Tal vez, después de

todo - siguió pensando - inicie alguna acción contra el recurso. Puedo presentar una contrademanda... Me presentaré ante el tribunal y le haré un juicio a Unicefalón 40-D: querellante Jim-Jam; acusado, Unicefalón 40-D - sonrió para sí. Necesitaré un buen abogado; alguien mucho más capaz que el letrado principal de Max Fischer, su primo León Lait.

Sacó la chaqueta del armario que había en el pequeño estudio desde el cual hicieran la transmisión, y se la puso lentamente. Desde ese remoto lugar, había un largo viaje hasta la Tierra; estaba ansioso por ponerse en camino.

Peggy lo siguió.

- ¿No piensas salir al aire para nada? ¿Ni siquiera vas a terminar el programa? - le preguntó ella.

- No - repuso Briskin.

- Piensa que Unicefalón pronto volverá a interrumpir la transmisión; después ¿qué nos restará? La nada; aire muerto. Eso no está bien. Jim, no sé cómo puedes abandonar todo así. No te creía capaz de algo semejante; no está de acuerdo con tu temperamento.

Antes de llegar a la puerta del estudio, se detuvo.

- Tú has oído lo que - dijo, las instrucciones que impartió - trató Briskin de convencerla.

- Pero nadie deja el aire así, muerto - dijo Peggy -. Es el vacío, Jim; eso va contra la misma naturaleza. Si tú no lo llenas, alguien lo hará por ti: Mira, en este momento Unicefalón acaba su transmisión.

La cinta con palabras impresas había dejado de pasar y la pantalla, una vez más, estaba a oscuras, silenciosa, sin luz ni movimiento.

- No puedes desconocer la responsabilidad que tienes - dijo Peggy.

- ¿Estamos transmitiendo nuevamente? - Jim le preguntó a Ed.

- Está fuera del circuito, al menos por el momento - dijo Ed mirando el escenario vacío que las cámaras de televisión y las luces parecían señalarle.

No habló. No era necesario. Con la chaqueta puesta se dirigió hacia el lugar enfocado por las cámaras. Sin sacar las manos de los bolsillos dio unos pasos hacia atrás para estar al alcance de las cámaras, y sonriente dijo:

- Queridos camaradas, creo que la interrupción ha terminado por ahora, de modo que podemos continuar.

El volumen de los aplausos grabados pareció aumentar, regulados por Ed Finneberg; Jim Briskin levantó las manos pidiendo silencio al público imaginario del estudio.

- ¿Alguien conoce a un buen abogado? - preguntó cáusticamente Jim-Jam -. Si es así, telefonéeme de inmediato, antes de que llegue el FBI.

Cuando terminó el mensaje de Unicefalón, Maximilian Fischer, que se hallaba en el dormitorio de la Casa Blanca, se volvió hacia su primo León y le dijo:

- Bueno, he perdido el puesto.

- Así parece, Max - dijo León.

- Y tú, también - le recordó Max -. Van a ser implacables, de eso puedes estar seguro. Cesado - repitió para sí, haciendo rechinar los dientes -. Parece un insulto. ¿No podía haber dicho retirado?

- Es una manera de expresarse - dijo León -. No te preocupes Max, a ver si te hace mal al corazón. Además, todavía te queda el trabajo de suplente y ese es el segundo puesto máximo del país. Presidente interino de Estados Unidos, no lo olvides. Piensa que has tenido suerte en librarte de tanto esfuerzo y preocupaciones.

- Quisiera saber si me permitirán terminar la cena - dijo Max, picando un poco la comida que tenía en la bandeja.

No sabía porqué, pero ahora que estaba retirado, sentía un apetito feroz. Eligió un emparedado de pollo y le dio un buen mordisco.

- Estoy en mi derecho - dijo -; después de todo tienen la obligación de alojarme aquí y darme de comer todos los días ¿no es cierto?

- ¡Claro que sí! - afirmó León mientras hacía esfuerzos por pensar en algún argumento de tipo legal -. Eso figura en el contrato que el sindicato firmó con el Congreso. ¿Recuerdas esos tiempos Max? Por algo fuimos a la huelga.

- ¡Qué época aquella! - dijo Max, poniendo los ojos en blanco.

Terminó el emparedado de pollo y bebió unos cuantos sorbos de un espeso ponche de huevos. ¡Qué sensación de bienestar le proporcionaba no tener que tomar grandes decisiones! Dejó escapar un suspiro de alivio profundo y prolongado, y se reclinó satisfecho en la pila de almohadones que lo sostenía.

Sus pensamientos no tardaron en tomar otra dirección. Sin embargo, me gustaba bastante tomar decisiones - hizo un esfuerzo por agudizar su entendimiento -. Quiero decir, era muy distinto a ser un simple suplente o a cobrar el seguro de desempleo. Me daba cierta... satisfacción. Eso es; como si estuviera logrando algo.

Ya empezaba a extrañar esa sensación; de pronto se sintió vacío, como si la vida careciera de propósito.

- León - dijo, por fin -, pensar que pude haber sido presidente por un mes más. Me gustaba ese cargo.

¿Entiendes lo que quiero decir?

- Sí, creo que te entiendo - murmuró León.

- No, te equivocas.

- Hago lo posible por comprenderte - afirmó su primote - lo juro.

- No debí dejar que esos ingenieros repararan a Unicefalón - dijo Max -; hubiera sido mejor postergar el proyecto, por lo menos unos seis meses más.

- Ahora es demasiado tarde - refirmó León.

- ¿Lo crees? - preguntó Max -. Después de todo, siempre puede sucederle algo a Unicefalón 40-D... Un accidente.

Mientras comía una porción de tarta de manzanas con queso, siguió dándole vueltas a la idea. Conocía a alguien que hacía esa clase de trabajo. Podía ponerse en contacto con él.

Un accidente importante, casi fatal - pensó Max -. En medio de la noche, cuando todos estén durmiendo y yo sea el único despierto en la Casa Blanca. Después de todo, para ser franco, los invasores nos enseñaron cómo hacerlo.

- Mira, Jim Briskin está otra vez en la pantalla - dijo León, señalando el aparato de televisión.

Era verdad. La peluca roja volvía a estar en pantalla. Briskin estaba diciendo algo gracioso y al mismo tiempo profundo, algo como para hacer pensar a uno.

- Escucha - dijo León -, se está burlando del FBI ¿Te parece posible que sea capaz de algo así? No le teme a nadie.

- No me molestes - replicó Max -, estoy pensando.

Extendió el brazo con cuidado y bajó el volumen del televisor. No podía permitir que nada interfiriera con lo que estaba pensando en ese momento.

**FIN**

Edición digital de Sadrac